

do bastante larga. Mañana entraremos en materias mas delicadas.

EUG. — Estas han servido de diversion, y me parecia que no se filosofaba mal.

SILV. — Yo á lo menos no he disputado con vosotros en ellas, y hoy salimos muy en paz.

TEOD. — Mañana puede ser que suceda lo contrario.



TARDE QUINQUAGÉSIMATERCERA.

DE LA GRANDEZA Y PEQUEÑEZ, PROPIEDADES TAMBIEN
COMUNES A TODAS LAS COSAS.

§ I.

De la grandeza y la pequeñez de la estension.

TEOD. — Como hablamos generalmente de todas las cosas y de sus propiedades, siendo una materia tan vasta, es preciso tratarla por partes para evitar la confusion; y así, amigos, por ahora no haré mas que ir continuando acerca de las propiedades generales ó casi generales de todas las cosas.

EUG. — Y ¿sobre qué propiedad hemos de hablar hoy?

TEOD. — Sobre la *grandeza* ó *pequeñez*. Ya en otro tiempo os dije que la grandeza era una idea respectiva, aunque parece absoluta: decimos que es grande un perro de cinco palmos por ser mayor que los regulares, y que es pequeño un caballo de

seis palmos por ser menor que los ordinarios, pareciendo imposible que una cosa pequeña sea mayor que otra mas grande, ó que siendo ambos del mismo tamaño pueda la una ser grande y la otra pequeña. Esta es la significacion mas comun de la palabra *grande*.

SILV. — No dudo que cuando la palabra *grande* se aplica á este ó á aquel objeto signifique una cosa respectiva á las otras de grandeza ordinaria; pero ser el objeto grande ó ser pequeño no pende de la comparacion con otra cosa.

TEOD. — Siempre dice orden á cierta medida, por la cual juzgamos que una cosa es grande ó pequeña. Todo el mundo llama grande á una sala cuando tiene muchos palmos de largo, y si tiene pocos la llama pequeña. Lo mismo sucede con todo lo demas. Sin este ó aquel género de medida es imposible que hagamos idea de la grandeza. La grandeza del *número* tiene por medida la unidad; la grandeza del *espacio* tiene por medida palmos, pulgadas, líneas, etc.; la grandeza del *fausto* tiene por medida el comun porte de otras gentes, ó bien el gasto, por el cual llegamos á conocer el exceso y diferencia, y por consiguiente la grandeza. Lo mismo digo de la grandeza en cualquier otro género de ciencia, poder, etc.

EUG. — En eso no se me ofrece dificultad alguna.

TEOD. — Lo que hallareis de nuevo es que yo diga que absolutamente no hay medida comun en la estension para que podamos gobernarnos de tal modo, que tengamos todos la misma idea de la *gran-*

deza; de suerte que hagais vosotros justamente la misma idea de grandeza de una sala, v. g., que yo hago.

EUG. — ¿Pues cómo? Usando de la misma vara, tertia ó palmo; y midiéndola delante de ambos, ¿no haremos uno y otro la misma idea?

SILV. — Puede ser vuestra vara ó palmo algun tanto mayor ó menor que el de Teodosio, y esto ya hace diferencia.

TEOD. — No lo digo en ese sentido: aunque usemos ambos de la misma vara, y realmente la misma, podemos ambos hacer ideas muy diversas de su grandeza.

SILV. De ese modo no lo entiendo.

TEOD. — Si yo formare diversa idea de la que vos haceis de lo largo de la vara, ya tenemos idea diferente de la grandeza de la sala que con ella medimos.

SILV. — Mas; cómo si vos y Eugenio la veis á distancia igual, y la tocais con las manos!

TEOD. — Si yo viere un arbol por una lente convexa y vos por otra, y no pudiéremos medir ni comparar la diferencia de convexidad de las dos lentes, ¿veremos acaso ambos al arbol del mismo tamaño?

SILV. — No se sabe, por qué nos dijisteis que las lentes convexas aumentaban el objeto; y siendo mi lente mas ó menos convexa que la vuestra, es preciso que á mí me haga el objeto mayor ó menor que lo que os le representa en vuestra lente.

TEOD. — Bien está. Decidme, pues: ¿no os acordais de lo que dijimos tratando de la *óptica*, esto

es, que todos tenemos en los ojos una lente que llaman *crystalino*, y que esta lente es convexa?

SILV. — Bien me acuerdo.

TEOD. — Ahora, pues, mientras yo no pudiere comparar el *crystalino* de mis ojos con el de los vuestros, no puedo decir si mi lente es mas ó menos convexa que la vuestra, y por consiguiente ignoro si representaba la vara, palmo ó pulgada que tomamos en la mano del mismo tamaño á vos que á mí.

EUG. — Quisiera que me ocurriese á eso buena respuesta; mas no sé responder.

SILV. — ¡Es posible que estando todos junto á este bufete, que él se me represente á mí mayor ó mas pequeño que á vos!

TEOD. — Sí: posible es; en esto no quedeis con escrúpulo. Por consiguiente, Eugenio, la grandeza siempre es respectiva á la medida que tiene cada uno en su mente, la cual no es comun á todos mas que en el nombre, pues allá se forma cada uno su idea del palmo, v. g., mayor ó mas pequeño, segun la sensacion que recibe por sus propios sentidos, los cuales, aunque tengan una construccion semejante á la de otros, no es de tal suerte igual que no haya alguna diferencia; y de la diferencia de la construccion nace la diversa sensacion é idea que sobre ella se funda, y esto aun cuando varias personas miren al mismo palmo y á la misma vara.

SILV. — Sea lo que quisierais, que vos con vuestras especulaciones me hareis dudar de todo cuanto se os antoje. ¡Lástima es que no seais peripatético!

EUG. — No le tengais esa lástima, Silvio, pues él ciertamente no lo siente.

TEOD. — Pasemos de la grandeza de estension á la numeral, que la es muy próxima. De dos modos es una cosa grande: ó porque contiene muchas, ó porque equivale á muchas. Un millon de cruzados es muy grande cantidad de dinero, porque tiene un grande número. Un diamante que valga ese dinero es grande en la preciosidad, porque equivale á muchos que valgan cada uno cien monedas.

SILV. — Nosotros en las escuelas llamamos á eso ser grande en la *estension*, ó ser grande en la *intension*.

TEOD. — Yo tambien lo llamo así; pero es preciso advertir, Eugenio, que la grandeza numeral siempre trae consigo imperfeccion, porque en donde entra número entra límite y carencia, y esto es imperfeccion. Por el contrario, la *grandeza intensiva* no dice en sí misma ni perfeccion ni imperfeccion, porque eso depende de la materia sobre que cae. A su tiempo, Eugenio, os servirá esta diferencia.

EUG. — No me olvidaré.

§ II.

De la grandeza infinita.

TEOD. — Pasemos ahora de la grandeza con límites á la grandeza sin límites, que es lo que llama-

mamos *infinito*; y aquí teneis ya la idea que yo formo del infinito. *Entidad sin límites*, ó por otra expresion *un ser sin carencia*, se entiende en aquel género en que se llama *infinito*. No desprecio otras definiciones; pero esplico del mejor modo que sé la idea que yo formo del *infinito*. Hoy los mejores filósofos, entre los cuales doy lugar, y lugar distinguido á Gravesande, tratan algunas cuestiones sobre lo infinito, con las cuales juzgo que sacareis grande utilidad, y tendreis alguna diversion. Utilidad, porque sirven mucho para corregir las ideas que tenemos; diversion, porque traen tal novedad, y al mismo tiempo la evidencia y certeza, que el entendimiento no puede menos de gustar de ellas. Son como aquellos enigmas que el vulgo llama *adivinanzas*, las cuales tienen cierta especie de encanto, porque su belleza es sólida, y no es engañadora de la verdad; mas esta que de tal suerte está encerrada y oculta, que solamente cuando se rompe la gruesa corteza que la escondia da de repente en los ojos, suspende con la luz de su evidencia.

SILV. — Vamos, pues, á esas cuestiones, de las que he oido decir mucho mal á algunos modernos. Pero vamos.

TEOD. — Con razon dicen mal si hablan de ciertas inútiles cuestiones que no tienen camino por donde demostrarse con verdad; mas de las que yo pienso tratar la misma esperiencia os persuadirá lo contrario. Lo primero es preciso distinguir *infinito* de *indefinido*. Llamamos infinito lo que en sí mismo realmente no tiene límite ó término; pero llamamos indefinido aquello á lo cual no podemos se-

ñalar los límites que tiene, porque siempre es mayor que cualquier cantidad asignada. Muchas veces se truecan y confunden estos términos en el uso vulgar; pero realmente son cosa muy diversa. Algunos llaman á lo infinito, que es tal en realidad, *infinito actual*, y á lo indefinido lo llaman *infinito potencial*. Estas son las voces de las aulas.

EU. — Ponedme ejemplos de lo uno y de lo otro para que yo os entienda mejor.

TEOD. — Dios es un *infinito actual y real*, porque no tiene absolutamente límites en cosa alguna; pero lo largo de una línea recta matemática es *indefinido*, porque no podemos señalar á esta línea un término mas allá del cual no pueda estenderse. El número, el espacio, el tiempo son indefinidos; porque nunca podemos dar número tan grande, que allí pare todo número, ni tiempo tan dilatado que no haya tiempo despues de él, ni espacio tan grande que fuera de él no haya lugar para cosa alguna. No obstante, jamas acontecerá, ni puede suceder, que se asigne un tiempo ó número que sea en sí mismo infinito. Del mismo modo una línea recta puede ir siempre creciendo indefinidamente, porque jamas llegará á términos de no poder crecer mas, ó de ser ya infinita.

EU. — Lo he entendido.

TEOD. — Con todo eso, quiero daros todavía otra esplicacion, porque en esta materia nada sobra. Lo *indefinido* consiste en una posibilidad, ó en una capacidad sin límites. Lo infinito consiste en una entidad, ó en ser actualmente sin límites: v. g.

el que el número sea por sí indefinido, ó bien la línea, no consiste en que el número ó la línea tengan en sí infinidad, sino en que haya siempre en alguna causa estrínseca posibilidad de asignar otro número mayor ú otra línea mayor. Pero esta posibilidad ó capacidad infinita no está en la línea ni en el número, está en la causa que ha de asignar ese número ó esa línea: v. g. el poder haber un hombre mayor que Goliat no es cosa que tenga en sí el mismo gigante Goliat, sino el poder que tiene Dios de producirle. Reparad bien en esta última advertencia, que aun por eso la vuelvo á repetir. *La posibilidad que hay de haber un gigante mayor que este ó que aquel, ó la capacidad de ser el mismo gigante mayor y mayor, no es cosa que está en el gigante, es el poder y virtud que tiene Dios para producir otro mayor, ó hacer que aquel crezca mas y mas. Mas procedamos con orden, y estableceremos varias proposiciones.*

EUG. — Siempre el orden dió claridad al discurso: descansad, que no se me olvidará esta advertencia.

PROPOSICION I.

De lo infinito podemos hacer idea propia.

TEOD. — Esta proposición es contra lo que dicen muchos y buenos; pero yo me explicaré, y si veis que tengo razon convendreis conmigo, si no la hallais seguireis lo contrario. *Llamo idea propia de*

alguna cosa el concepto que la distingue de todo lo que no es ella. De forma que esta idea no pueda cuadrar á otra cosa: y en este sentido digo que tenemos idea propia de lo infinito, porque hacemos muy buenas y evidentes demostraciones acerca de lo infinito, lo que no pudiera suceder sin tener de él idea propia: y el que yerra en la idea de alguna cosa, ¿qué demostraciones puede hacer de ella? Esos mismos que dicen que no podemos hacer idea de lo infinito discurren acerca de él: ya le niegan, y ya le conceden algunos predicados: no obstante, es imposible hacer esto sin tener idea propia del sujeto de quien se conceden ó se niegan. Ya me he valido yo de este argumento, para probar que podíamos hacer idea propia de las cosas espirituales, y aun de la *negacion*: porque ¡cómo será posible que yo descubra en lo *infinito* un predicado, ó la repugnancia y contradicción con otro atributo, sin tener de este infinito una idea tan propia y tan ajustada con él, que no convenga ni cuadre á otra cosa alguna! Si no tengo idea, nada puedo descubrir en el infinito que sea propio suyo.

EUG. — Eso bien claro es.

TEOD. — Supongamos que la idea que tenemos de lo infinito era tal que no convenia á lo infinito, ó que cuadraba á otra cosa mas que á él. En este caso el predicado que yo le doy (y se le atribuyo, guiándome por el concepto ó idea que de él formo) podrá no convenir á lo infinito, supuesto que no le conviene aquel concepto ó idea que yo formo: tambien si esta idea cuadra á algun objeto que no sea infinito confundiré una cosa con otra, siendo en la

realidad diversas y contrarias. Luego es cosa cierta é indubitable que nosotros hacemos de lo infinito idea propia que á él solamente le cuadra; y solo fundados en ella podemos con toda certidumbre probar de él muchas cosas, como lo hacen los mejores filósofos, y nosotros á su imitacion lo haremos despues.

EUG. — Pasemos adelante; que supuesto lo que me dijisteis en la lógica queda eso muy claro.

TEOD. — Para hacer á todos justicia digo que esta idea nunca es tan distinta y tan clara como la que formamos de otros objetos que conocemos mejor; pero esto no impide que sea idea propia, esto es, que á él solamente convenga y cuadre. Es como el retrato de lapiz que hacemos de una dama, el cual teniendo poco mas que el perfil y cuatro toques, desde luego á todos da á conocer de quien es, al mismo tiempo que si fuese de bello colorido en grande y bien acabado seria mucho mas perfecto. No obstante uno y otro son buenos, porque cuadran á solo aquel original y á ningun otro.

SILV. — Ese ejemplo declara muy bien lo que quereis decir, afirmando que la idea de lo infinito le es propia, aunque no sea tan distinta y clara como la de otros objetos que conocemos mejor.

EUG. — ¿Y cuál es esa idea propia que de él hacemos?

TEOD. — La que espliqué en su definicion. Llamo infinita una cosa que no tiene fin ni límites. Esta idea de tal modo cuadra á lo infinito, que es imposible que lo infinito tenga fin; así como es im-

posible que deje de ser infinita cualquier cosa que no tenga fin ni límites.

EUG. — Ahora veo que no habia yo entendido ese punto tan bien como al presente le entiendo.

PROPOSICION II.

El infinito compuesto y actual es imposible.

TEOD. — Es Dios un *infinito simple* que realmente existe; pero fuera de Dios nada podrá ser infinito sino á fuerza de multiplicar la entidad finita y limitada; y esto es lo que yo llamo *infinito compuesto*. Digo, pues, que el infinito criado, si le consideramos actual, es una quimera y un famoso imposible. Estos son puntos de importancia, y hacen un papel inmenso en la teología natural, parte muy principal de la filosofía. Por esto os quiero atento, y me detengo en ellos.

SILV. — No dudeis de la atencion de Eugenio: estad bien seguro de ella.

TEOD. — No puede la criatura tener *infinidad simple*, esto es, semejante á la de Dios; porque, como ya dijimos, todo atributo nace de la esencia, y está dentro de ella. Ahora bien, una propiedad infinita pide una naturaleza y esencia infinita, pues lo mayor no puede caber en lo menor; luego debiera la criatura tener una naturaleza infinita para tener una propiedad tambien infinita. Para esto, pues, no habia de ser criatura, por cuanto siendo

hecha por otro y producida de nada, y teniendo principio de su ser, no hay duda que habia carecido de la existencia antecedente, y ya en esto se ve que su naturaleza es limitada y tiene fin; luego no puede sentar el atributo infinito sobre naturaleza que sea limitada y finita: y así ninguna criatura puede tener *infinidad simple*.

SILV. — Vamos ahora á la *infinidad compuesta*.

TEOD. — Digo tambien que es imposible *infinito, actual y compuesto*. El infinito compuesto solamente es infinito á fuerza de la multiplicacion de lo finito; v. g. una estension infinita seria compuesta de infinitos palmos: un peso infinito seria compuesto de infinitas onzas: una infinita sabiduría seria compuesta de infinitos conocimientos, etc. Luego todo va á buscar el número infinito para recibir de él la *infinidad*. Por consiguiente, si yo pruebo que este *número infinito* es imposible, quedará probado que todo infinito compuesto y actual es imposible.

SILV. — Mas ¿cómo probais que un número infinito es imposible?

TEOD. — De este modo. Puesto ese número, que vos decís ser infinito, podemos quitarle una unidad. Ninguno puede dudar de esto; porque si sacamos una unidad de cualquier número pequeño, ¿por qué no la podremos sacar de ese número tan grande? Sacada, pues, esta unidad pregunto, ¿si el resto será número finito ó infinito? Escoged.

SILV. — Digo que ya no es infinito. Veamos lo

que de aquí se sigue, pues yo nunca he meditado en estos puntos.

TEOD. — Y ¿qué una unidad única ha de ser la diferencia entre un número finito y el infinito? Hasta aquí era infinito el número; y porque le quitamos una unidad, ¿quedó limitado y finito? Luego restituyéndole la unidad que le quitamos, el número que era finito y limitado, con solo darle una unidad mas quedará infinito: y así de un número finito y de una única unidad resulta un número infinito. ¿Os parece esto verdad?

EUG. — Eso, amigo, no cabe en la razon.

SILV. — Así es: tomemos otro camino. Ahora digo yo que ese número infinito no deja de ser infinito como antes por quitarle una unidad. Veamos lo que se sigue de aquí.

TEOD. — Eso no lo podeis decir; porque aquel número queda menor que antes, porque le falta lo que le quitamos. Esta unidad alguna cosa vale: el número vale mas con ella que sin ella. Ahora bien, siendo este número desfalcado de una unidad, menor de lo que era, ya tiene límites y fin. No puedo yo formar idea de una cosa *mas pequeña* que otra, sino poniendo término en la mas pequeña, y concibiendo que la otra pasa mas allá de ese término. Luego si el número desfalcado de una unidad es mas pequeño que antes era, quedó finito y limitado.

SILV. — Yo no me entiendo á mí mismo en esto. Bien diga una cosa, ó bien otra, siempre encuentro un imposible.

TEOD. — Y ¿de qué os admirais? Eso prueba

que era imposible el origen de estos dos absurdos. Estos dos imposibles nacen de haber dicho vos que podia haber un número que actualmente fuese *infinito*; como el decir esto es un absurdo: de este absurdo, como de origen, nacen los otros; y para libraros de ellos no teneis otro medio que el decir que no puede haber tal número que sea infinito.

SILV. — Permitidme que replique; no porque dudo, sino porque no entiendo. Si solamente son posibles números de grandeza limitada, y esto de número infinito es una quimera y un imposible, se sigue que produciendo Dios el mayor número de estos no podria producir otro número mayor. Esto tambien es absurdo.

TEOD. — Decis bien, y estimo la réplica, porque ha de dar luz á Eugenio. Digo, pues, que el *número infinitamente grande es imposible*. Y digo tambien otra cosa que parece contraria, mas no lo es. *Número que vaya creciendo infinitamente es posible*. Estas dos proposiciones parece que se contradicen; mas son en la realidad acordes. Una cosa es *número infinitamente grande*, y otra *número que va creciendo infinitamente*. Decir que el número es infinitamente grande, es dar verdadera infinidad á la criatura, y esto no puede ser; pero decir que el número puede ir creciendo infinitamente, es dar la infinidad á Dios, como á causa que le ha de producir. Se ve claro que es cosa muy diferente dar la infinidad á la criatura ó dársela á Dios. Muchos confunden una cosa con otra, y tienen disculpa, porque son puntos delicados. Aun quiero explicar-

me mas en este particular. Estas dos proposiciones. *lo que Dios puede producir es infinito*, y esta otra *Dios puede producir un infinito*, parecen sinónimas, y son muy diversas. La primera es verdadera y se demuestra, la segunda es falsa y absurda; pero al que no repara bien le parece que la una quiere decir lo mismo que la otra.

EUG. — Repetidlas, porque quiero reparar bien en ellas.

TEOD. — La primera es *lo que Dios puede producir es infinito*. La primera significa que Dios no tiene límites en su poder para producir. La segunda significa que una criatura puede ser infinita en su naturaleza. Bien se ve, pues, que aunque las palabras parecen las mismas, lo que ellas quieren decir es cosa tan diferente como dar la infinidad á Dios ó darla á la criatura. De modo que haciendo que el término *infinito* recaiga sobre la *produccion*, atribuimos la infinidad á la criatura, y esto es un absurdo. Haciendo que el término *infinito* recaiga sobre la *produccion*, resultará ser infinita la criatura, y esto es un absurdo. Haciendo que el término *infinito* recaiga sobre el *puede*, atribuimos á Dios la infinidad, y es una verdad pura. En la primera proposicion recae lo infinito sobre el poder de Dios, en la segunda sobre la produccion.

Aun hay otra cavilacion que evitar. Diciendo que *es posible infinito número de criaturas*, decimos bien; pero diciendo un número infinito de criaturas es posible, decimos mal; y parece que todo es lo mismo, pero no lo es; porque en la primera proposicion el comun sentido es dar la infinidad á Dios,

esto es, á su poder, el cual no tiene límites en la fuerza de producir. En la segunda el comun sentir es dar la infinidad á la criatura. Todo consiste en el sentido que se quiere dar á las palabras, y las es mas natural segun la comun acepcion. Pasemos á otra cosa.

SILV. — Pasemos adelante, que esto cansa la cabeza.

TEOD. — Tened un poco mas de paciencia, que aun me faltan otras proposiciones, las cuales importa examinar.

EUG. — Ya tenemos dos. ¿ uál es la que se sigue?

PROPOSICION III.

No puede considerarse un infinito mayor que otro.

TEOD. — Esta proposicion es contra algunos grandes hombres, especialmente contra uno que yo venero, que es Gravesande; pero yo digo lo que en mi conciencia entiendo, y los demas hagan lo mismo. Muchos siguen que se puede dar ó considerar un infinito mayor que otro, porque un infinito de hombres seria menor que el infinito de manos, teniendo cada hombre dos manos, y aun menor que el infinito de dedos etc. Con todo, yo sigo lo contrario, porque esta idea de menor necesariamente trae consigo límite y la falta de lo restante, así como *mayor* trae consigo exceso. *Menor* sin faltarle nada es imposible idearle; *mayor* sin exceso es imposible

concebirle. Ahora bien, ¿ cómo se puede afirmar de una cosa sin que haya falta en la otra? Y ¿ cómo se puede concebir falta sin límites?

EUG. — Eso es imposible: no obstante, aquella razon de ser el infinito de manos mayor que el de hombre me convence.

TEOD. — No lo dudo, y tambien á mí me convenceria si solamente habláramos del *número*, mas no me convence hablando del *infinito*. Hablando del número, ¿ quién puede dudar que el número de hombres es menor que el de sus manos, teniendo cada uno dos? Porque el número nada tiene en su idea que impida ser mayor ó menor. Pero hablando del infinito no puedo yo juntar estas dos ideas *infinito* y *menor*, porque seria lo mismo que juntar estas dos, *sin término* y *con término*. *Infinito* quiere decir sin término: *menor* quiere decir con término y *con falta*, ó con exceso en la otra parte, lo que viene á ser lo mismo; luego nunca podemos juntar en la cabeza estas dos ideas: *ser cosa infinita* y *ser menor* al mismo tiempo.

SILV. — Luego; seria el infinito de hombres, si le hubiese, igual al infinito de manos! Ahora bien veis que esto es absurdo.

TEOD. — Si hubiera un infinito de hombres, el infinito de manos seria mayor y no seria mayor. Seria mayor, porque cada hombre tendria dos manos; y no seria mayor, porque nada puede faltar al número infinito de hombres, y por consiguiente no le faltaria este mismo exceso que debia llevar el infinito de manos. Esto es un grande imposible, porque incluye una manifiesta contradiccion. Incluye

un *si* y un *no*; pero debe ser así necesariamente. Oid : de un imposible se sigue lo que hay dentro de él. Ahora, pues, dentro de él hay dos cosas que repugnan ; y como es imposible el número infinito de hombres, si le hubiese nacía un *si*, y ademas de esto un *no*, los que juntos hacen la esencia del imposible.

ERG. — Basta : no digais mas, porque ahora acabo de entenderlo perfectamente.

TEOD. — Por conclusion de lo que he dicho solo añado cerca de lo *infinitamente grande*, que hasta aquí he hablado de lo que es absolutamente *infinito*. No obstante, cualquiera criatura finita y limitada se puede decir infinitamente grande respecto de la que fuere infinitamente pequeña. Dios es infinitamente grande respecto de nosotros que somos finitos y limitados.

SILV. — Y ¿qué quiere decir *infinitamente pequeño*?

TEOD. — Es una materia que ahora se sigue tratar, porque de ella tratan los modernos algunas cuestiones útiles y delicadas ; tened un poco mas de paciencia.

§ III.

De los infinitamente pequeños.

SILV. — Veamos esas cuestiones, pues son tan delicadas y útiles. Alabo vuestra paciencia.

TEOD. — Así como cualquier cantidad multiplicada por número infinito resulta infinitamente grande, así cualquier cantidad repartida ó dividida por ese mismo número infinito resulta infinitamente pequeña. Una onza ó una vara, v. g., repartida por doce, aun queda mas pequeña, porque á proporcion que crece el número en que se divide una cantidad, queda mas pequeña despues de dividida. Todos saben esto ; luego si alguna cantidad se dividiere por un número infinito, quedará reducida á una pequeñez infinita. La doctrina de los infinitamente pequeños no deja de tener muchas utilidades.

ERG. — Y con efecto. ¿Existen esos infinitamente pequeños?

TEOD. — Yo llamo infinitamente pequeño *aquello que siempre es menor que cualquiera cantidad asignada*. Los puntos matemáticos, v. g. el principio, el medio y el fin de una línea, son infinitamente pequeños, porque siempre son mas pequeños que toda cantidad á que se los quiera comparar. Un instante de tiempo es infinitamente pequeño, porque siempre es menor que cualquier cantidad de tiempo con que se compara. En esta suposicion digo que los infinitamente pequeños existen ; pero no existen como nosotros los consideramos para llamarlos infinitamente pequeños. En este sentido se concilian dos sentencias que parecen opuestas. Primeramente digo que existen los infinitamente pequeños, porque existe el principio de cualquiera duracion. Nada puede existir de lo que antes no habia sin principiar á existir : lo mismo digo del fin. Ahora,